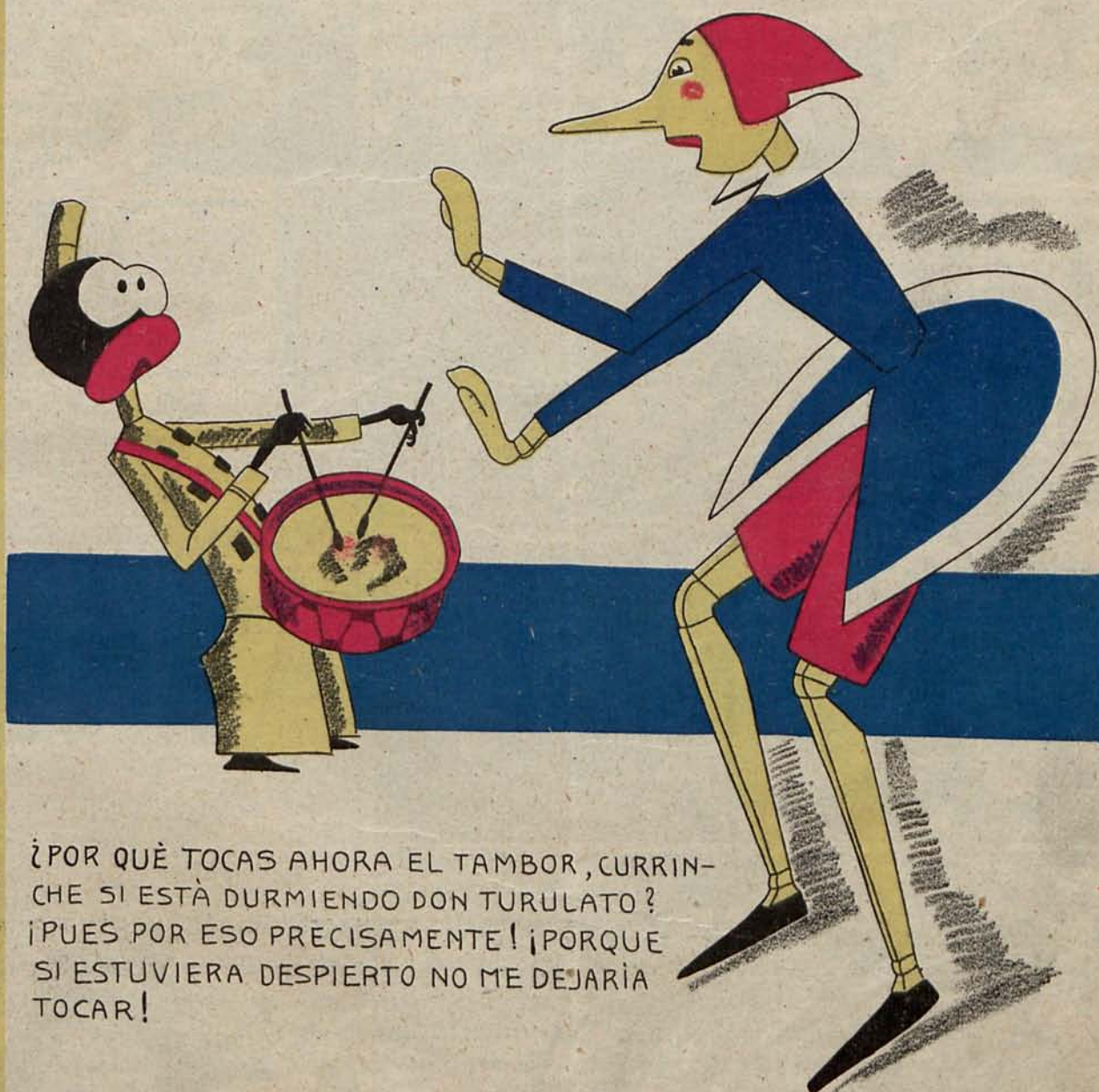


# PINOCHO

AÑO. III  
NUM. 146

25 cts

4 DICIEMBRE  
1927



¿POR QUÉ TOCAS AHORA EL TAMBOR, CURRIN-  
CHE SI ESTÀ DURMIENDO DON TURULATO?  
¡PUES POR ESO PRECISAMENTE! ¡PORQUE  
SI ESTUVIERA DESPIERTO NO ME DEJARÍA  
TOCAR!



# PINOCHO

SEMANARIO INFANTIL QUE PUBLICA LOS DOMINGOS LA EDITORIAL «SATURNINO CALLEJA» S.A.-ADMINISTRACIÓN, CIERRE Y TALLERES: S. SEBASTIAN.-ADMINISTRACIÓN, CORRESPONDENCIA Y SUSCRIPCIONES: MADRID, CALLE DE VALENCIA 28, APARTADO 447.-SUSCRICIÓN: ESPAÑA Y AMÉRICA, AÑO 13 PTS. OTROS PAISES AÑO 23 PTS.



## La Tormenta y el Ciclón o Hazañas de Tin y Tón





# EN EL PAÍS DEL ORO

CUENTO DE EMILIO SALGARI

(Conclusión.)

Parecía ver vagar entre los árboles bestias enormes, prontas a echársele encima en cuanto cerrara los ojos.

En lontananza oíase los lúgubres aullidos de los coyotes, animales mezcla de lobo y zorro y que resultan temibles cuando se reúnen gran número.

—Esta noche vendrán a comerme —se dijo Martín, estremeciéndose.— Encendamos una gran hoguera para mantenerlos alejados.

La leña seca abundaba en aquel sitio, así es que no le fué difícil realizar una gran cosecha que le bastase hasta el amanecer.

En vez de una hoguera encendió dos, se envolvió en la manta de lana que llevaba consigo, apoyóse en el tronco del árbol y, vencido por el cansancio, no tardó en cerrar los ojos.

Soñaba hallarse en el país natal, en su antigua casita, en compañía de sus padres, cuando un ronco aullido le despertó bruscamente.

Imaginaos cuál sería su sorpresa al abrir los ojos y ver a diez pasos de las hogueras un oso negro de enorme tamaño que le miraba fijamente.

El terrible plantigrado estaba echado junto a un espeso follaje y se lamía los labios como si ya saborease la carne del pobre joven.

Generalmente los osos se alimentan de fruta de los bosques; pero cuando el hambre les impulsa se convierten fácilmente en carnívoros, y entonces asaltan a los corderos, bueyes y hasta a los hombres.

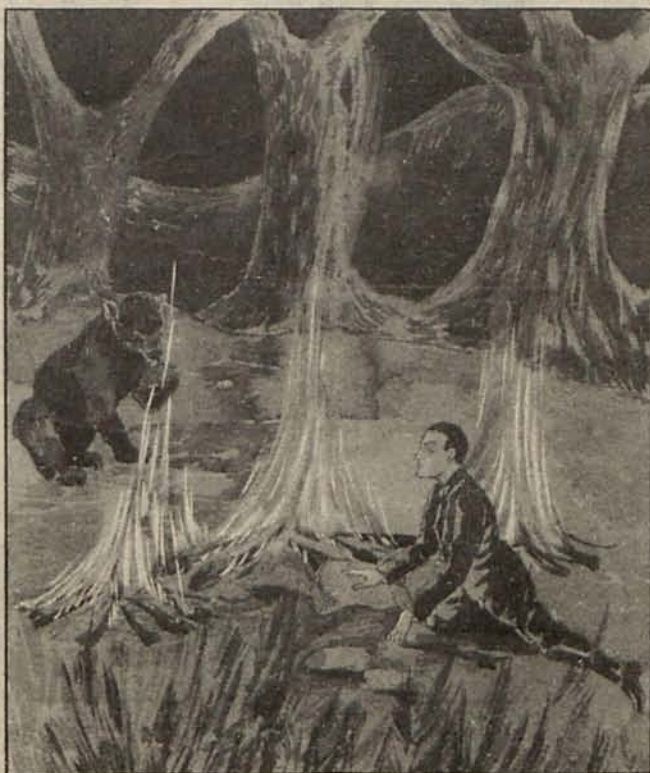
El animal que le miraba debía haberse hecho carnívoro y seguramente contaba darse un atracón con el imprudente que se había dormido en pleno bosque.

Martín no se atrevía a moverse, pero había armado el revólver y estaba decidido a vender cara su vida.

El oso tampoco daba por su parte un solo paso.

Evidentemente aquellas dos hogueras le asustaban y esperaba el momento que se apagasen para atacar al hombre, abrazarlo entre sus robustas garras y ahogarlo con un poderoso apretón.

—Si la leña dura espero salvarme —murmuró Martín, cuyos dientes le temblaban de miedo.— ¡Ah, qué país más infame! Si consigo poner los pies en San Francisco, embarco en seguida para mi pueblo.



El hombre y el animal seguían mirándose. Este último lanzaba de vez en cuando un rugido, que repercutía sordamente bajo los árboles, y enseñaba sus aguzados dientes.

Verdaderamente se inquietaba al ver que las hogueras no amenazaban apagarse.

Martín procuraba que la leña no le faltase. De vez en cuando echaba ramas en ellas, reavivando las llamas.

Fueron ocho horas de angustia indescriptible las que pasó el pobre muchacho.

Pero al despuntar el alba, el animal, desesperando de hartarse de carne de hombre, marchóse a refugiarse en el bosque.

Apenas hubo desaparecido cuando Martín echó a correr, dirigiéndose hacia una montaña que cerraba el horizonte por el oeste.

Anduvo toda aquella segunda jornada, comiendo sólo dos galletas y apagando la sed en un charco de agua, y, por fin, extenuado, cayó junto a unos arbustos, dominado por un sueño profundo.

Cuando se despertó el sol estaba ya alto, pero sentíase tan débil que casi no se podía mover.

Las sienes le latían fuertemente y sentía en todos sus miembros interminables estremecimientos.

La fiebre se había apoderado de su cuerpo.





—¡Mi fin se acerca! —murmuró el pobre joven, llorando.— ¡Pero no, no quiero morirme todavía!

En un esfuerzo supremo se puso en pie para emprender de nuevo la marcha, y en seguida cayó de nuevo, lanzando un grito de horror.

En el tronco del árbol, junto al cual había pasado la noche, estaba atado un hombre, casi desnudo y lleno de sangre.

Tenía dos anchas heridas en el pecho, producidas probablemente a hachazos, y la cabeza estaba desprovista de parte del cráneo, arrancado junto con la cabellera.

Aquel desdichado debía haber sido asesinado hacía ya unos cuantos días, porque la sangre se le había cuajado en el pecho, y Martín, clavado en el suelo por un terror indescriptible, le miraba con los ojos desecados.

—¡Pero si es el asesino de John!

Martín no se había equivocado; aquel hombre era verdaderamente el compatriota del viejo minero, el ladrón que les había robado el tesoro.

Sorprendido por los indios, enemigos implacables de todos los hombres de raza blanca, había sido robado a su vez, y en seguida atado al árbol y muerto, sabe Dios después de cuáles atroces torturas.

Martín tardó mucho en volver en sí de aquel terror. El miedo de que los indios se le echasen encima le puso nuevamente alas en los pies.

—Si me sorprenden no me tratarán mejor que a este asesino —dijo.— ¡Huyamos!

Internóse por la parte más espesa del bosque y echó a correr locamente.

Parecía llevar siempre detrás aquellos terribles guerreros de la piel roja, armados de sus formidables hachas.

¿Qué distancia recorrió? Jamás supo explicárselo. Recordaba vagamente haber franqueado unos montes, de haber atravesado varios torrentes y nada más.

Cuando volvió en sí, en vez de encontrarse entre la maleza y los árboles abandonado, muriendo de hambre y de fiebre,

vióse, con gran maravilla suya, acostado en una espaciosa tienda, envuelto en una gruesa manta de lana bien caliente.

Un hombre, un mejicano, a juzgar por su traje y sombrero ancho de fieltro, estaba sentado a su cabecera, ocupado en llenar una taza de un líquido humeante.

—Valor, muchacho —le dijo, viendo que Martín volvía en sí.— Bébase esta taza de vino de jerez bien caliente, y la fiebre se acabará de marchar.

Martín, cada vez más asombrado, le miraba sin proferir palabra.

—¡Arriba! —exclamó el mejicano, sonriendo.— No tenga miedo alguno y procure dormir unas cuantas horas.

Cuarenta horas después el excelente muchacho, escapado milagrosamente a la muerte, estaba ya en pie.

En su fuga desordenada había ido a caer en el sendero frecuentado por los buscadores de oro de Sierra Nevada, siendo recogido por el mejicano, que regresaba de las minas junto con otros compañeros.

El buen hombre, muy distinto de todos aquellos aventureros que no sabían lo que era piedad, lo había recogido y cuidado con todo cariño.

La fiebre había sido pronto dominada, gracias a una buena dosis de quinina, y el delirio había cesado también.

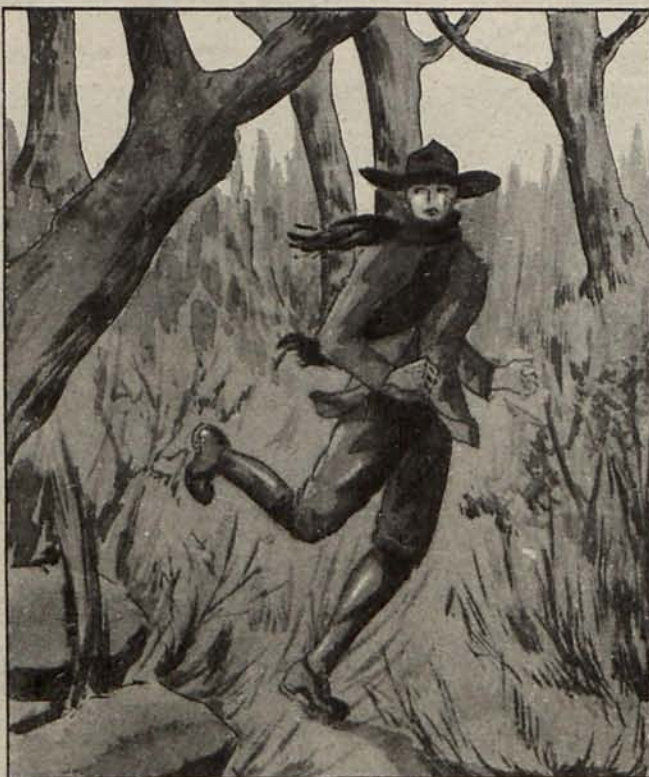
Tres semanas más tarde los buscadores de oro hacían su entrada en la capital de California, sin haber tenido ningún mal encuentro.

El mejicano, que había trabado una amistad profunda con Martín, no lo abandonó. Lo tuvo en su propia casa hasta el día de salir el barco para Europa, y como había recogido una inmensa fortuna en las minas de San Joaquín, le suplicó que aceptase un recuerdo suyo, con la promesa de que no tenía que abrirlo hasta que estuviese en su país natal.

Aquel recuerdo consistía en un saquito de piel, conteniendo pepitas por valor de cinco mil pesetas.

Martín es ya anciano, es el alcalde de su pueblo, posee una hermosa casa, tierras excelentes y un numeroso rebaño.

FIN







## DESVENTURAS DE LUCIO MIRAGUANO







# EL TORPEDERO DE PRESA

Por A. M. GIANELLA

(Continuación.)

—¡Diablo! Se ve bien claro en las facciones de su rostro y se comprende por el acento con que habla nuestra lengua. Ya comprenderá que por aquí pasa gente de todas las razas, y que con un poco de práctica, cosa fácil de conseguir, se domina la ciencia etnográfica.

—Tiene razón; soy oriental.

—Es más, pertenece...

—¿A qué raza?

—A la malaya. ¿He adivinado?

—Sí.

—Con eso me basta. Un malayo, aquí en El Havre, que habla el francés perfectamente y tiene que hacerme importantes confidencias no es cosa de todos los días. La aventura es singular.

—Le parecerá singularísima cuando conozca el motivo de mi visita.

—Hable usted.

—¿Sabe usted por qué he venido a Francia desde una de las islas más salvajes de mi patria?

—Lo ignoro por completo.

—Para matar a un hombre.

—¡Oh! ¿qué es lo que acaba de decir? —gritó el agente dando un salto.

—La verdad.

—¡Diablo! ¿Y ha cometido ya el delito?

—No.

—¡Alabado sea Dios! Había tenido miedo...

—No he tenido miedo de nada; pero he creído mejor hacer detener a la persona que antes quería matar.

El agente Chicottry no lograba disimular su asombro.

¡Dios mío! ¿No sería una broma?

Tenia enfrente un malayo auténtico, un verdadero representante de aquella raza de hombres que tenían, por herencia, fama de piratas, ladrones y salvajes, y le oía hablar con la desenvoltura de uno de aquellos malandrines que abundan en los bajos fondos del inmenso París; le oía razonar, discutir con el refinamiento de un hombre civilizado que sabe sacar partido de la situación.

¡Cómo cambian los tiempos!

—Dígame —prosiguió diciendo después de un breve silencio—. ¿Está aquí la persona que quiere que prendan?

—Sí, está aquí.

—¿En el Havre?

—Está a punto de embarcarse en el trasatlántico *Oc-tavia*.

—¿Para marchar a Nueva York?

—Sí.

—¿Es un criminal?

—De los más peligrosos.

—Pronto, su nombre.

El incógnito no contestó, metió la mano derecha en un bolsillo interior de su americana, sacó una cartera de piel negra, cogió una fotografía y la enseñó al agente.

—¿Conoce a ese hombre? —le preguntó.

Chicottry echó una mirada al retrato y lanzó un grito de sorpresa.

—Este es Rodolfo de Barenval —dijo—. El capitán de-  
portado a la Nueva Caledonia.

—Así es, en efecto.

—¡Ah! ¡canalla!

—¿Conoce usted la historia de su fuga del presidio de Nou?

—¡La conozco! Todos los periódicos hablaron de ella y todos nosotros tenemos las señas de los evadidos; no faltó casi nada para una ruptura de relaciones entre Francia e Inglaterra.

—Pues bien, yo le ofrezco la ocasión de detener a Rodolfo de Barenval.

—Le doy las gracias por haberse dirigido a mí.

—He preguntado quién era el agente más hábil y más astuto para una cuestión delicada y me han dicho que era usted.

—Esto me lisonjea en extremo.

—¿Hará, por lo tanto, todo lo que haga falta para cumplir con su deber lo más pronto posible?

—No tenga cuidado alguno. Voy a ver al comisario para llevarme una orden de captura en toda regla, y vuelvo en seguida; no se mueva de aquí.

Chicottry salió, para volver pocos minutos más tarde, restregándose las manos.

—¡Ah! —exclamó alegremente—. ¡Qué hermosa aventura, qué magnífica empresa, y cómo me envidiarán todos mis colegas! Por esa detención será recompensado, y yo le aseguro que también usted lo será.

—No me importa.

—¿No?

—En absoluto.

—¡Oh! Entonces, ¿por qué ha hecho la...?

—Porque odio a ese hombre.

—¿Mucho?

—Inmensamente, y ni siquiera le conozco.

—¡Diablo!...

—Sí; pero por culpa suya, de ese maldito Rodolfo de Barenval, yo, el mismo que ve, he perdido un trono.

—¡Demonio! ¿Un trono?

—Como lo oye. ¿Pero qué importan las razones? ¿No le basta mi odio?... Soy malayo, y el contacto de la civilización no ha logrado todavía reducir la violencia de las pasiones y el feroz placer de la venganza que constituyen la esencia del alma de los de mi raza. Odio a Rodolfo de Barenval, y fugitivo, perseguido encarnizadamente de mis enemigos, no he tenido más que un solo pensamiento: encontrar y conocer a aquel presidario evadido de la cárcel, ponerme enfrente de él y decirle: Mirame bien, yo soy...

—Prosigua... —dijo Chicottry conteniendo el aliento, seguro de que el otro al fin acabaría por proferir su nombre.

—...Yo soy —prosiguió el malayo— aquél que tú arrojas-te del trono de Tomini, y ahora yo, mirame bien, te mando al infierno, así, matándote como a un perro...

Callóse, respirando con la fatiga que produce la ira reprimida, y prosiguió diciendo:

(Continuará en el número próximo.)





# ¿QUÉ QUIERES SABER HOY?



—Vamos a ver, curioso Chonón, ¿de qué vamos a hablar hoy?

—Hoy quiero que me hables de las mariposas, querido buho.

—Lindo tema has escogido, Chononcito. Una mariposa es de lo más bello que hay en el mundo. Hay ejemplares de tal hermosura, que su posesión ha llegado a despertar hasta la codicia de monarcas. En cierta ocasión le fué regalada a la emperatriz Eugenia, de Francia, una bellísima mariposa azul procedente de las regiones tropicales de Sudamérica. Este ejemplar costó cien libras esterlinas y lo lució la emperatriz en su peinado en un baile dado en palacio. La brillantez de los reflejos de las alas causó la admiración de todos los concurrentes y el descontento de los naturalistas, que vieron con pena la destrucción de aquella mariposa tan linda.

—¿Pero es que la destruyeron?

—De intento, no; pero la fragilidad de las alas y de las patas de la mariposa no pudo resistir el agitado movimiento del baile, y cuando éste terminó, andaban los trozos del lepidóptero por el suelo.

—Si no fuera porque en otras ocasiones me has dicho que las mariposas son del orden de los lepidópteros, me habrías puesto en una confusión.

—Los lepidópteros son insectos de alas cubiertas de finas escamas, a diferencia de otros insectos que tienen el cuerpo cubierto de un vello muy suave. Estas escamas cubren y protegen las delicadísimas membranas que forman el tejido de las alas.

—Háblame de la vida de la mariposa. He oído decir que desde que nace hasta su muerte sufre una serie de transformaciones muy interesantes.

—Así es; las fases por que ha de pasar este insecto durante su vida es uno de los más admirables acontecimientos que nos ofrece la Naturaleza. Empezaré a describirte por el punto de su nacimiento, que es el huevo. Este puede ser de distintos tamaños, formas y colores. Claro es que aun los de tamaño mayor son siempre diminutos.

—¿Serán como la cabecita de un alfiler blanco?

—Y aun más pequeñitos. Estos huevecillos los depositan las madres en sitios donde, al nacer la oruga, encuentre el alimento con facilidad. Por esto es muy corriente encontrarlos en las hojas de las plantas, que constituyen un perfecto comestible para las crías.

—¿Y no hay peligro de que estos huevecillos se los coman otros gusanos?

—Ya lo creo. Como que los pájaros, los escarabajos y hasta las propias orugas los buscan como si fueran golosinas. Afortunadamente para la especie, cada mariposa pone muchísimos huevos, y los distribuye en sitios distintos para asegurar el nacimiento de algunas orugas. Si el tiempo es caluroso, tarda el huevo en abrirse unos ocho o diez días, y de él sale una pequeña oruga en gran estado de debilidad, pero con grandes facultades para devorar. Come mucho, y esto hace que tarde muy poco en desarrollarse. Sus poderosas mandíbulas no dejan de trabajar, y la oruga crece y crece, hasta que ya no cabe en la piel.

—Es decir, que el traje se le queda pequeño.

—Y como harías tú, o como haría yo, se despoja de este traje para vestirse con otro mayor. La operación de cambiar de piel es larga y difícil, pues por una pequeña rasgadura que se abre detrás

de la cabeza ha de sacar la oruga todo su cuerpo. Y aun es más complicada la operación, porque no solamente cambia la piel exterior, sino que el forro, o piel interior, lo ha de mudar también, lo mismo que hacen algunos mariscos.

—Quedará rendido el animalito.

—Queda completamente extenuado; pero con un corto reposo vuelve a recobrar energías y sigue comiendo vorazmente para hacer frente a las pérdidas que ha de ocasionarle otra nueva muda.

—¿Otra vez a cambiar de piel?

—Y en ocasiones se repite la operación hasta diez veces. Ello depende del tiempo que deba vivir la oruga como tal. Las hay que sólo son orugas durante un mes, y, en cambio, hay otras que lo son durante tres años. Una vez que la oruga se ha hecho grande y fuerte, pasa al estado de ninfa o crisálida. Antes la oruga ha abandonado definitivamente su piel, que queda sobre el suelo como un pequeño tubito córneo.

—¿Y qué forma tiene la crisálida?

—La crisálida semeja una pequeña cajita de forma redondeada y alargada. Parece una cosa inerte; pero si la comunicamos calor, pronto veremos que la crisálida se agita, dando inequívocas muestras de vida.

—¿Dura mucho la fase de crisálida?

—Lo que dura la estación fría. En cuanto llegan los primeros días calurosos la crisálida se abre por uno de sus extremos y sale al exterior una linda mariposa.

—¿Y qué ha sido de la oruga?

—La oruga ha desaparecido. Ya no queda nada de sus gruesas mandíbulas, ni de sus patas, ni siquiera de su forma. Cuando la mariposa abandona la cáscara de la crisálida, tiene ya su mayor tamaño. Sus alas y sus patas tiemblan como si aquel diminuto ser no tuviera ni fuerzas para sostenerse. El calor va fortaleciéndolo poco a poco y, al fin, se lanza al espacio a disfrutar su nueva vida.

—Es maravilla, querido buho, que de un gusanillo insignificante salga una mariposa tan bella. Y más me admira que al poco tiempo de nacer emprenda el vuelo sin haberla enseñado nadie a volar. Es como si nosotros, al nacer, saliéramos andando sin enseñarnos nadie. ¿No te causa a ti asombro?

—¿No ha de causarme? Sería insensible a todo si un hecho tan maravilloso no despertase mi admiración. En las mariposas es también de admirar la facilidad con que se ocultan a la vista de sus enemigos. Juntan sus alas y sólo dejan ver la parte inferior de éstas, cuyos colores son semejantes a los de los tallos u hojas en que se posan. De esta forma quedan escondidos los vistosos colores que tienen las alas por su parte exterior.

—También es curioso el procedimiento. Y dime, mi sabio buho, ¿hay mucha variedad de mariposas?

—Muchísimas. Las hay de todos tamaños y de todos colores. Merece que otro día nos ocupemos de ellas. Hoy ya has oído la serie de transformaciones por que pasa la mariposa desde que nace hasta que muere.

—Pues entonces lo dejamos para otro día.

—Adiós, Chononcito.

—Adiós, buho.



## CORRESPONDENCIA

Los Pinochistas que me escriban para que les conteste en esta CORRESPONDENCIA tendrán que esperar las respuestas unos tres meses (o más cuando haya aglomeración de cartas) por la anticipación con que es necesario enviar el original a la imprenta para que recibáis la Revista sin retraso. Los que tengan prisa y deseen que les escriba en carta particular, deberán enviar con la suya cincuenta céntimos en sellos.



**Federico Manchón López.**—Ha llegado tu carta hecha una verdadera lástima. Se conoce que por efecto del viaje se han mareado algo las letras. Además, el tren que la ha traído se conoce que ha tomado las curvas muy de prisa y han llegado las palabras unas encima de otras. ¡Esas compañías ferroviarias! Los dibujos, en cambio, han llegado muy bien. Están como recién hechos. Irán a mi revista a su tiempo. Abrazos de Tin, Ton, Morronguis, Currinche y, muy especialmente, míos.

**Luisita Avargues.**—Debe ser ideal la estancia en ese hotelito que brindas a Pirula. Si nuestras ocupaciones lo permiten, cosa que dudo, porque son muchísimas, iremos Pirula y yo a pasar unos días entre las lindas flores del jardín de «Villa Gloria». El dibujo saldrá. Agradecidísimos, y ahí van unos abrazos muy fuertes, muy fuertes.

**M. N. de G.**—A mí me parece que ese verso que tú titulas «La modesta hormiga» lo he leído yo en alguna parte. Hasta me parece recordar que ha sido en un libro de fábulas. Sí, sí, ahora recuerdo perfectamente que fué en el libro

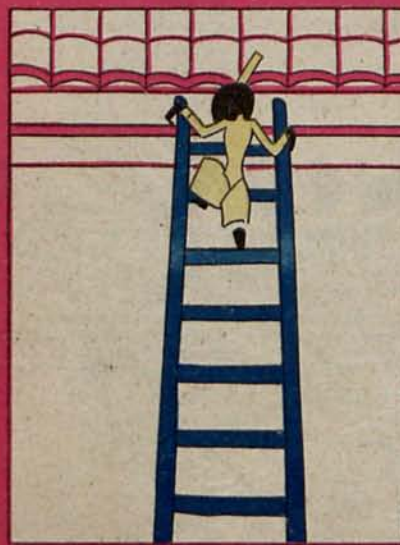
de fábulas de Iriarte. ¿No recuerdas tú también? Te digo esto porque yo creo que tú no tendrás interés ninguno en que se publique una vez que sepas que el verso es de otro. El que quiera que se publique una cosa, que se moleste en enviarla él mismo, ¿no te parece? ¡Qué necesidad tienes tú de molestar en este caso por nadie! Tuyo,

*Pinocho*





# DE COMO PASAN EL RATO CURRINCHE Y D. TURULATO







# POLITO EN LA CIUDAD DE ORO



**N**UESTROS TRES AMIGOS SIGUEN EN LA CIUDAD DE ORO BUSCANDO UNA SALIDA, PUES LAS PROVISIONES TOCAN A SU FIN Y PREVEEN EN MEDIO DE TANTAS RIQUEZAS UN FIN DESASTROSO.



¿HA HABIDO NOTICIAS POR RADIO?

¡SI SEÑOR, QUE EL DIRIGIBLE ESTÁ ALLEGAR CON UN GRAN REPUESTO DE GASOLINA!



¿Y HAY ALGUNA NOTICIA DE POLITO Y SUS AMIGOS?

EL JEFE DE LA ESCUADRILLA DE AEROPLANOS HA RADIODO QUE TRAE UN INDIO QUE PARECE SABER ALGO DE ELLOS.



QUE LO TRAI-  
GAN A MI PRE-  
SENCIA CUAN-  
DO LLEGUE.

¡MUY BIEN  
SEÑOR!



¡NO HA COMIDO EL SEÑOR HACE VEINTICUATRO HORAS! LE HE PREPARADO UN POLLITO ASADO.

¡NO, PANCHO!  
¡SOLO TENGO  
GANAS DE SA-  
BER ALGO DE  
POLITO!



MI CAPITÁN,  
AQUÍ ESTÁ  
EL INDIO.



¿DICE  
USTED  
QUE ES-  
TE HOM-  
BRE VIO  
AL CHI-  
CO?

DICE QUE VIÓ  
DESCENDER EN  
EL DESIERTO UN  
GRAN PAJARO Y  
SALIR DE ÉL A  
TRES DIOS  
BLANCOS.



DICE QUE LOS DIOS  
BLANCOS ENCENDIERON  
LUMBRE Y CALENTARON  
COMIDA Y LUEGO VOLA-  
RON EN EL PAJARO HA-  
CIA LAS MONTAÑAS.



¡YO CREO  
QUE EL MEJOR  
REGALO PARA  
ESTE INDIO SON  
UNOS JUGUETES  
Y UNOS COLLA-  
RES DE CRISTAL!



¡VEN CONMIGO, QUE  
TE VOY A DAR DE CO-  
MER COMO ME HA OR-  
DENADO EL AMO!



EL SEÑOR NO DEBE  
SALIR DEL CAMPA-  
MENTO POR QUE LOS  
SALVAJES ESTÁN  
AL ACECHO.

¡GRACIAS  
POR EL AVI-  
SO! ESTARÉ  
PREVENIDO.



¡DARÍATO-  
DA MI FORTU-  
NA POR ESTRE-  
CHAR A POLI-  
TO ENTRE MIS  
BRAZOS!

**T**IO BIM SE LAMENTA SIN OBSERVAR QUE LOS SALVAJES LE ESPIAN CON MALAS CARAS Y PEORES INTENCIONES.



# CUENTOS DE CALLEJA

## LOS NIÑOS PERDIDOS

Castillo



LUISITO y María eran dos hermanos que se querían entrañablemente. Vivían con sus padres en una granja situada en medio del campo, a unos dos kilómetros de la aldea donde estaba la escuela a que ambos asistían.

Un día salieron juntos para ir a la escuela; pero en lugar de tomar, como otras veces, el camino más corto, fueron dando un largo rodeo, convidados por la hermosura del día, que era de los más agradables de mayo. Persiguiendo una lindísima mariposa pintada de los más vivos colores, fuéronse alejando insensiblemente de su camino hasta llegar a un lugar muy solitario, agreste y selvático, donde se sentaron en una peña, rendidos de cansancio. Nunca habían estado en aquel paraje, y les era, por lo tanto, completamente desconocido. Pretendieron desandar lo andado y encaminarse a la escuela o a su casa; pero se vieron en grave aprieto, porque eran muchas las vueltas y revueltas que habían dado para llegar allí y estaban del todo desorientados.

La mariposa que habían perseguido con tanto ahinco estaba sobre una mata de tomillo, muy cerca de ellos.

—Ya el mal no tiene remedio —dijo Luis—, y no hay que pensar en ir a la escuela, porque se nos ha hecho muy tarde; pero aún podemos llegar a casa a buena hora y explicarle a mamá lo que nos ha sucedido. Estoy seguro de que nos perdonará. ¿No lo crees tú también, María.

—Sí —contestó María—, nos perdonará seguramen-

te, porque nuestra falta no tiene nada de particular. El deseo de atrapar una mariposa tan preciosa como esa es una disculpa muy buena. Pero ya que hemos perdido el día es preciso que nos la llevemos. Cuando mamá la vea comprenderá mejor la falta.

—Tienes razón —dijo Luisito—. Seríamos muy torpes si no nos la lleváramos. Debe de estar muy cansada.



Y diciendo y haciendo, cogió la gorra, y dirigiendo la puntería al alado insecto, se la arrojó desde el mismo paraje en que se encontraba, disponiéndose a correr inmediatamente a recogerla. Pero una vez más erró el golpe; la mariposa huyó volando y fué a pararse en el ramaje de un árbol muy frondoso que se alzaba a veinte pasos de allí.

Acercáronse los niños al pie del árbol, y al levantar la vista hacia la copa buscando la mariposa, vieron que se había transformado en un negroísimos cuervo, el cual, abriendo el pico, dejó caer un papelito que decía:

«No os canséis de perseguirme. Soy la reina de las silfides, y he ido a buscaros para llevaros a mi palacio, que es maravilloso. Seguidme, y cuando lleguéis a la orilla de un lago embarcaos en la lancha que allí hallaréis preparada.»

Su curiosidad y su afición a lo fantástico hicieron que los niños, sin pararse a reflexionar, se apresuraran a seguir al cuervo, que iba volando lentamente y a no mucha altura delante de ellos. Atravesaron una espesa arboleda y llegaron a la orilla de un lago de superficie tersa y resplandeciente como la de un espejo. Había





allí una pequeña y lujosa gasolinera con el motor en marcha. Embarcáronse, y la gasolinera echó a andar siguiendo el vuelo del cuervo dócilmente.

Bordeaban el lago por la orilla opuesta, hacia la cual se dirigían, altísimas peñas llenas de oquedades. Descendió de pronto el cuervo y penetró en una de ellas, que era la boca de una profundísima caverna que se abría a flor de agua y por cuyo interior se prolongaba indefinidamente. Internóse la gasolinera en la cueva. Al pronto se hallaron Luisito y María sumidos en la oscuridad; pero poco a poco, conforme avanzaban, iban distinguiendo los objetos que había alrededor suyo.

Al principio sólo vieron la áspera superficie de las peñas; pero a medida que se internaban en la gruta cambiaba el aspecto de las cosas. Una luz tenue y misteriosa, que no se sabía de dónde procedía, iluminaba aquellas profundidades con matices sucesivamente azulados, verdosos, anaranjados, rojizos, purpúreos y otros indefinibles, que se reflejaban en las aguas del lago y en las paredes de la caverna. Parecían esas paredes cubiertas de turquesas, esmeraldas, diamantes, zafiros, amatistas y otras preciosas pedrerías. Las gotas líquidas que saltaban al batir de los remos se teñían de los mismos colores que el ambiente.

Movíase blandamente el aire, produciendo un aura suave impregnada de aromas de rosas y de jazmines, y una melodía suave y rítmica acompañaba la extraña navegación.

De cuando en cuando cruzaba rapidísimamente por delante de los atónitos viajeros, seres de formas vagas y fantásticas, aves raras de brillantísimos plumajes, enanos monstruosos, náyades de cabeza humana y cuerpo de pez, sílfides de cabellos de oro y gnomos de deformes cabezotas y barbas hirsutas cabalgando en zambombas y trompetones, cuyos sonidos

desapacibles debían de transformarse por arte mágico en las gratas melodías que percibían los oídos.

Siguieron navegando Luisito y María por aquellas profundidades durante un tiempo que no hubieran sido capaces de apreciar. Hacía la gruta mil recodos, al doblar cada uno de los cuales cambiaba la perspectiva de los lugares. A veces se dilataban los espacios, esfumándose en una como neblina los muros que los limitaban y alzándose hasta perderse de vista las bóvedas.

De repente desembocaron en un espacio inmenso. Divisábanse por doquiera columnatas y arquerías tan entremezcladas con frondosidades de mágicos vergeles que se hacía difícil discernir la línea de separación de la arquitectura y aquella vegetación fantástica.

Infinitos seres como los que ya habían visto y otros todavía más extraños poblaban aquellos lugares. Monos alados con larguísimos rabos, hombres también con alas, rabo, garras y cabeza de murciélago, hipogrifos, águilas de dos cabezas, como las de los escudos heráldicos, lagartos y serpientes de alas membranosas volaban, corrían y daban saltos prodigiosos, agarrándose con las uñas o sujetándose

se con la cola enroscada a las columnas y a las ramas de los árboles.

Un bicho espantoso, de cuello larguísimo, cabeza de cocodrilo, cuerpo de sapo y alas de murciélago, salió del lago y se precipitó sobre la gasolinera.

Luisito dió un salto, al mismo tiempo que una voz exclamaba:

—¡Niños, arriba, que ya es hora de ir a la escuela!

Saltaron Luisito y María de sus camas, se lavaron, vistieron y desayunaron, y después de presentarse a su madre, que los besó y abrazó según costumbre, se encaminaron a la escuela, en donde no habían faltado ni un solo día.

FIN

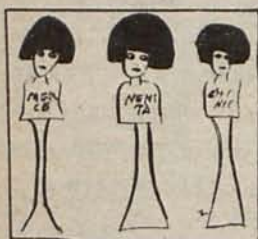




# COLABORACIÓN PINOCHISTA

## DEL MES DE DICIEMBRE

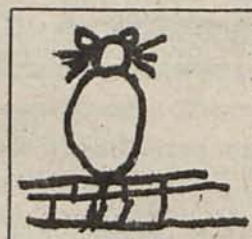
Todos los Pinochistas pueden enviarnos dibujos e historietas para publicarlos en esta sección; pero es condición indispensable que cada trabajo venga acompañado de su cupón correspondiente. Todos los meses se conceden premios importantes a los mejores trabajos publicados.



Mis amiguitas más queridas.  
EUGENITA PEREIRA.



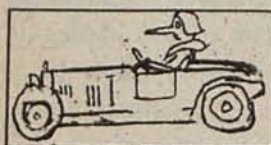
Chonón.  
R. SERRANO.



Un gato.  
José M. GALLEGO.



El capitán después de una  
trastada.  
EDUARDO RODRIGUEZ.



Pinocho en su «auto».  
M.ª ANTONIA SOLER.



Mi gran amigo.  
LOLITA BORREL.



Robando cerezas.  
MAGDALENA IPES.



Un puente.  
MIGUEL DAINOUX.



El brujo Colorín.  
ELVIRA SERRANO.



Currinche.  
EMILIO DE MORETA.



Modo de dibujar una ratita.  
MANOLITA GARCÍA.



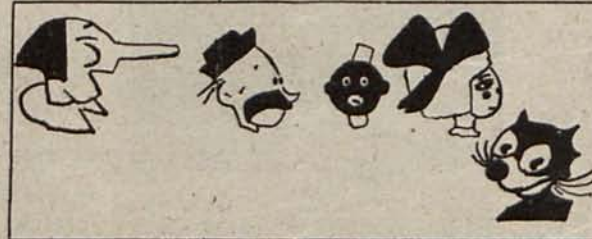
Cabeza  
de Piedra.  
ALVARO FONTANALS.



¡Ridiez, que güeno! Me paice  
que me voy a llevar un poco  
de esto en un papel pa que lo  
pruebe tu madre.  
JOSÉ MARTÍN.



Un «auto» que no anda.  
SANTIAGO SANTOS.



Mis mejores amigos.  
ALVARO FONTANALS.



Yermo, Lloréns y Errazquin.  
JOSÉ M.ª PIRAR.



Marina.  
ALFONSO ROMERO.



Carrera de caballos.  
F. LEYAMENDIA.



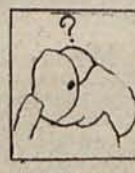
Mis mejores amigos.  
FERNANDA NAVA-  
RRO.



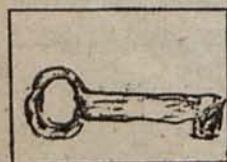
Currinche.  
JOSÉ CASANO-  
VAS.



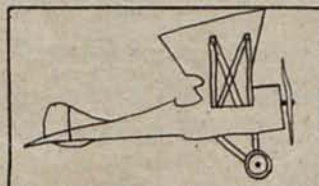
Chapete.  
CÉSAR F. LUENGO.



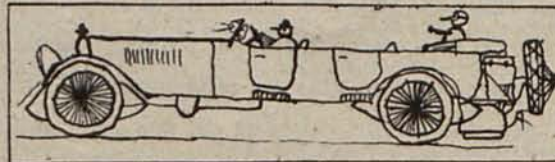
Mi amiga.  
A. HIDALGO.



La llave negra.  
JUANITA ARRANZ.



Avión de caza.  
S. PERNAU.



Pinocho pasca en su «auto».  
ALFONSO ROBINA.



Aunque la mona se  
vista de seda...  
RAMÓN SALTO.





Sembrando.  
R. G.



Mi amigo Cañamón.  
AMALIA MORETA.



Pinocho, a 100 por horas.  
MANUEL MATORES.



Un par de banderillas.  
MANUEL MARTÍNEZ.



¡Vaya atleta!  
J. BORAO.



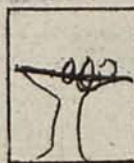
Paisaje.  
MIGUEL DAINOW.



Una rosa.  
ANGEL MORETA.



El colmo de un peluquero:  
Hacer una peluca al sol.  
JOSEFINA BUSCHWITZ.



Un frutero.  
JUANITA ARRANZ.



La niña que pasea a su hermana.  
MARÍA NIETO.



Mi casa de fieras.  
MANUEL BARRERA.



Un crucero.  
JUANITO MARTÍNEZ.



¡Socorro! ¡Socorro! ¡Que  
no sé nadar! —Hombre, yo  
tampoco sé nadar, y no es-  
candalizo. ALBERTO YENTE



La casa de Pinocho.  
A. MARAVER.



Don Turu.  
RAFAEL SERRANO.

# N A V I D A D AÑO NUEVO-REYES

EL MEJOR REGALO ES SIEMPRE EL LIBRO

PEDID **GRATIS** SUS CATÁLOGOS A LA

**EDITORIAL SATURNINO CALLEJA, S. A.**

**CALLE DE VALENCIA, 28, MADRID,**

Y HALLARÉIS LISTA DE LOS FAMOSÍSI-

MOS E INCOMPARABLES

## CUENTOS DE CALLEJA

Y MILES DE LIBROS MÁS,

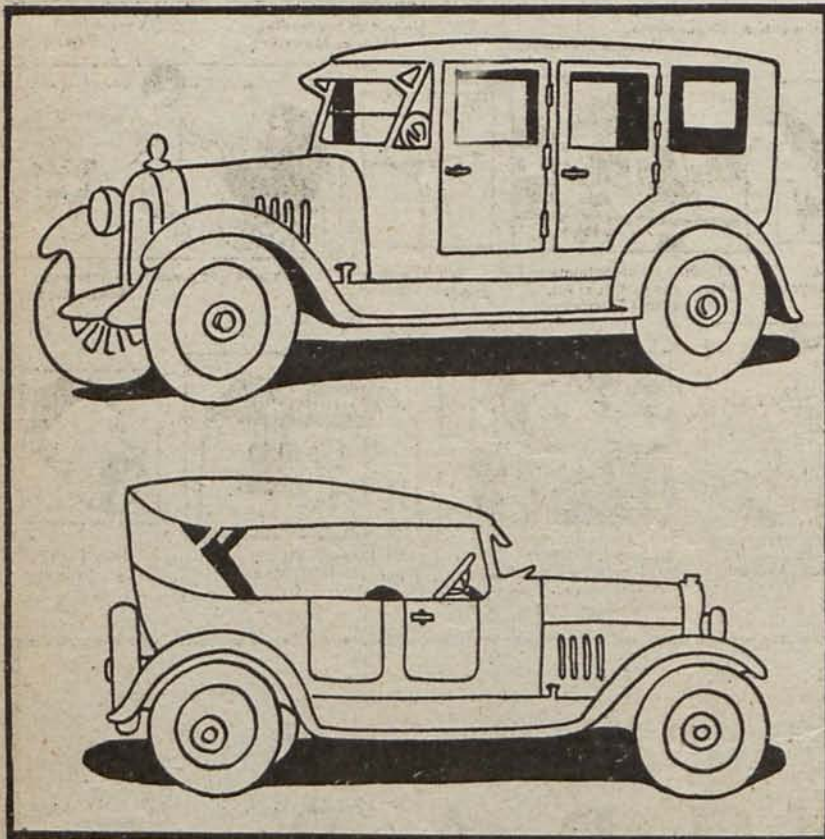
INTERESANTES, ÚTILES Y AMENOS



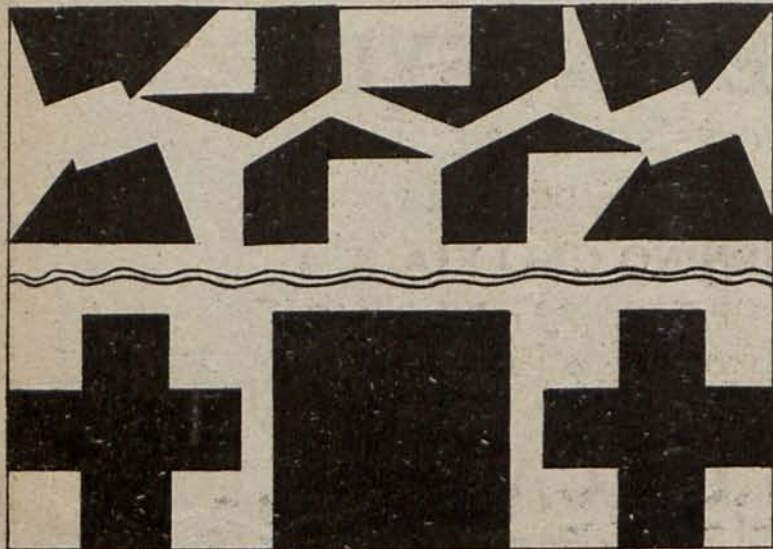
# CONCURSO DE PROBLEMAS Y PASATIEMPOS

## DEL MES DE DICIEMBRE

Todos los Pinochistas pueden enviarnos dibujos e historietas para publicarlos en esta sección, pero es condición indispensable que cada trabajo venga acompañado de su cupón correspondiente.



ROMPECABEZAS



Con estas ocho piezas que hay en la parte superior del dibujo, combi-nándolas sabiamente, tenéis que formar dos cruces de la misma forma que el modelo, o un cuadrilátero, como también os indico en el modelo.

Es conveniente, siempre que se pueda, calcar estos trabajos sobre papel de barba, con el doble objeto de no estropear el PINOCHO y acostumbra-ros a ser mañositos.

### DIBUJO CON ERRORES

Estoy seguro de que nada más ver este dibu-jo, hallaréis los errores que contiene, porque ¿quién de vosotros no entiende de automóviles? Todos. ¿Verdad? Tengo la certeza de que cualquier pinochista que vea un auto a cien me-tros de distancia sabe de que marca es. Pues si esto es así, ¿qué tardaréis en averiguar los erro-res que hay en estos dos autos? Sólo os diré, para facilitar algo el trabajo, que el auto de arriba contiene cuatro defectos y el de aba-jo dos.

¿En qué consisten?

<b>CUPÓN</b>	DE SOLUCIO- NES DEL MES DE NOVIEM- BRE	145
	Envío del Pinochista D. ....	
<p>NOTA.—Este cupón corresponde al número 145, no habiéndose publicado en él por falta de espacio.</p>		

### PROBLEMA



Discuten estos dos señores muy acaloradamente porque uno ha vendido al otro medio barril de vino. El vendedor dice que hay medio justo, y el comprador responde que falta vino, pues le parece que no hay medio.

Como no tienen medida ni otro recipiente en donde echar el vino para poder medirlo, acuerdan deshacer el trato; mas, de repente, el vendedor exclama: «Ya está! Se me ocurre una idea...» Y tan exacto fué el procedimiento empleado que convenció al comprador de que había medio barril, ni gota más ni gota menos. ¿Cómo se las arregló?



PLANTILLA remitida por

D. ....

Población .....

Calle ..... núm. ....

Provincia .....

NÚMERO ELEGIDO

--	--	--	--	--

Debe recibirse antes del día 10 de diciembre de 1927.

Aquí se pega el	Aquí se pega el	Aquí se pega el	Aquí se pega el
Cupón número 1.	Cupón número 2.	Cupón número 3.	Cupón número 4.
Aquí se pega el	Aquí se pega el	Aquí se pega el	Aquí se pega el
Cupón número 5.	Cupón número 6.	Cupón número 7.	Cupón número 8.
Aquí se pega el	Aquí se pega el	Aquí se pega el	Aquí se pega el
Cupón número 9.	Cupón número 10.	Cupón número 11.	Cupón número 12.
Aquí se pega el	Aquí se pega el	Aquí se pega el	Aquí se pega el
Cupón número 13.	Cupón número 14.	Cupón número 15.	Cupón número 16.

VÉANSE LAS INSTRUCCIONES PARA EL USO DE ESTA PLANTILLA EN LOS NÚMEROS ANTERIORES





# SECCIÓN PIRULA

## PIRULA, MUEBLISTA

*La mesilla de noche biblioteca-coqueta-costurero. — Imaginad vuestra alegría si de pronto a todas vuestras muñecas rotas —y tengo entendi-*

dido que son unas cuantas— les saliesen cabezas nuevas.

O la alegría de vuestro hermano si la mañana del día de Reyes se encontrara en sus zapatos —mejor dicho, junto a ellos— la bicicleta que desea desde hace tanto tiempo.

O la de...

Pero ¿a qué cansarse? Por más vueltas que le deis os habéis de quedar cortas si os esforzáis en imaginar la alegría que tiene Conchín al conseguir —por fin— de su mamá la transformación de su cuarto.

Se ha quitado el papel y se ha pintado la pared en un tono claro.

Se ha remozado la ventana gracias a unos lindísimos visillos airoso y de color suave.

De un cacharro de porcelana se ha hecho una lamparita preciosa.

La nueva pantalla que tamiza la luz de la bombilla central tiene una forma caprichosa que no hay más que pedir.

Pues ¿y las sillas pintadas? ¿Y los cuadros graciosos? ¿Y la cama transformada en diván? ¿Y los cojines, los mantelillos, los...? ¡Qué sé yo!

Lo que sé es que la propia Conchín ha contribuido bastante a la composición de tantos esplendores. Ella ha bordado a punto de cruz la franja a la cual van fruncidos los visillos; ella ha juntado a punto de festón los trocitos de telas multicolores que componen los almohadones; ella ha tejido encaje de bolillos para los paños, y ella ha pegado las cuentas de madera que bordean las pantallas.

Claro que si yo no temiese pecar de inmodestia añadiría que esta vuestra siempre segura servidora también ha contribuido, y no poco, a la magnífica reforma del cuarto de mi Pirulinda Conchín. ¿De dónde, de qué sección han sido copiados almohadones y pantallas, lámpara y bordados, cubrediván y visillos?

Pero no lo digo, no. ¿Para qué? Si ya todas lo habéis adivinado.

Bueno; ahora sólo le faltan tres cosas a Conchín para que a su cuarto... no le falte nada. La primera es una biblioteca, porque Conchín, aficionada a la lectura, conserva precisamente intactos cuantos tomos le regalan.

La segunda es un costurero, porque Conchín, aplicada y trabajadora, consagra a las labores todos los ratos de ocio que le dejan sus estudios y sus lecturas.

La tercera es una mesita tocador, porque Conchín, cuidadora de su persona, y algo presumidilla también, gusta de componerse un poquillo y de tener siempre a mano sus peines, cepillos, útiles para las uñas, etc.

Tres cosas faltan y, en cambio, una sobra: la mesilla de no-

che, fea y anticuada, que hace mal papel, la pobre, al lado de la nueva cama. ¡Oh, perdón! He querido decir al lado del nuevo diván.

Pues bien: vamos a ver cómo, con un poco de trabajo y de imaginación, casi sin gasto, puede muy bien lograrse que en el cuarto de Conchín ni falte ni sobre nada.

Como que la mesilla va a quedar transformada ¿en biblioteca? ¿en coqueta? ¿en costurero? No; en las tres cosas a la vez.

Fabriquemos primero la mesa tocador. Esto será lo más costoso, porque exige la compra de un espejo ovalado que se fijará en lo alto de la parte trasera de la mesilla con dos palos verticales laterales y uno horizontal que atraviese el marco del espejo.

La chapa de mármol puede cubrirse con un paño. Yo preferiría suprimirla, sustituyéndola por una chapa de cristal, debajo de la cual se coloca un trozo de cretona de alegres dibujos, armonizados con el color del cuarto.

Pasemos a fabricar la biblioteca. Nada más sencillo, pues que se reduce a quitar el cajón y la puerta; el interior —si las dimensiones del hueco lo permiten— se divide con una tablita horizontal, no sin antes pintar todo ello en un color que haga juego con la cretona del «tocador» y con todos los muebles del cuarto.

Gracias a la tabla horizontal, la biblioteca de Conchín tiene dos pisos: uno para los tomos de la «Biblioteca Perla», por ejemplo, y el otro reservado para las «Aventuras de Pinocho» y de Chapete».

El costurero se compondrá de una bolsa cuadrada de cretona, que cuelga debajo de la «biblioteca», sujeta por un cordón o una cinta a las cuatro patas del mueble.

Un grueso borlón de colores en cada ángulo del «costurero» completará alegremente el conjunto de este mueblecito tan bien aprovechado.



## ANÉCDOTAS DE PIRULA

*Un señor distraído.*— Ahí va otro nombre para añadir a la lista de los distraídos célebres de quienes os hablé hace poco: es del gran escritor alemán Lessing, que vivió durante el siglo XVIII.

Este señor tenía una criada muy corta de vista. Una tarde, al regresar de su paseo cotidiano y al abrirle la criada la puerta de su casa, la buena mujer, en la semiobscuridad de la escalera, no reconoció al pronto a su amo, y tomándole por un visitante, le dijo:

—El señor Lessing ha salido.

—¿Ha salido? —repitió Lessing sin extrañarse siquiera—. Está bien; volveré más tarde.

Y se marchó.